

Lyonel Trouillot

El bello amor humano

Traducción del francés de
Elena García-Aranda

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Sabine, Anne-Gaëlle,
para Anaïs, a quien debo el final*

A la memoria de Jacques Stephen Alexis, el maestro

*Pero en verdad aún la espero
Con el alma y el corazón
Y en el puente de los Regresa
Si alguna vez vuelve esta mujer
Yo le diré estoy contento.*

Guillaume Apollinaire

*Y he aquí que desde hace diez años espero mi primera
noche de amor, la noche que me despertará y me conducirá
hacia el día...*

Jacques Stephen Alexis

«La belle amour humaine» es el título de un texto de felicitación de Año Nuevo publicado por Jacques Stephen Alexis en enero de 1957 en la revista *Les Lettres françaises*. (N. del A.)

Anaïse

El mar había sido más generoso que de costumbre y los pescadores habían capturado tal cantidad de sardinas y de langostas que tras regresar al pueblo, al atardecer, amarrar las barcas y tranquilizar a sus compañeras, pasaron la noche entonando canciones marineras con la mirada puesta en las constelaciones, y no vieron las llamas del incendio. Según recuerdan los aldeanos, jamás vivieron una mañana mejor ni una mejor noche, y de no ser por la memoria carnal de los manjares y los besos, creerían incluso haberlas soñado. Eso es lo que los hombres te dirán. Las mujeres, por su parte, añadirán que aquella noche soplaba una brisa fresca y perfumada, mezcla de salvia, jazmín e ilang-ilang. Embriagadas de felicidad, volvieron a sentirse niñas y durmieron con las ventanas abiertas, soñando con bellos capitanes de navío. Según recuerdan las mujeres de los marineros, nunca viajaron tan lejos, ni visitaron tan bellos parajes, ni compartieron más tiernos abrazos, ni tuvieron más hermosos encuentros. Ningún olor a quemado vino a turbar sus sueños. Eso es lo que ellas te dirán. Y si pasamos a detallar lo que hicieron los que no eran ni marineros ni mujeres de marineros, ni asimilables a esa

primera categoría (pues el oficio de marinero no prohíbe en absoluto ser además percusionista, jugador de dados o filósofo), habrás de saber que Justin, legislador benévolo y autodidacta, había estado trabajando hasta la aurora en su nuevo código legislativo al servicio de la felicidad, en el importantísimo capítulo dedicado a la unión libre, los regalos, la reciprocidad y otras virtudes cotidianas. Excitado y orgulloso de sus propuestas, había instalado su silla ante el mar para esperar el comienzo del nuevo día mientras bebía té de guanábana, y fue testigo de una sola cosa: el suave fuego del sol al amanecer. El pintor Frantz Jacob, su sobrino y Solène, la joven de salvaje belleza, habían pasado la mayor parte de la noche hablando de pintura, de las fuerzas y debilidades del trazo y el color, de su capacidad e incapacidad para reflejar las cosas tal como son y no son, y pasando del arte a la vida, la conversación viró hacia la arrogancia de aquellos que siempre creen poder distinguir entre acción y pensamiento, sueño y realidad, mentira y verdad. Las aves nocturnas no pararon de cantar, improvisando para la ocasión y agregando de este modo su granito de arena a la conversación. Y si volvemos al ambiente general, si queremos describir la atmósfera reinante, dar una visión de conjunto, habrás de saber que las aguas estaban calmas y los espíritus tranquilos, que no había signo alguno de agitación; ni dolores de cabeza ni de muelas vinieron a perturbar el sueño de los niños, que dejaron a sus madres sumidas en sus sueños y esperaron a la mañana siguiente para satisfacer sus demandas de leche y ternura. A pesar de su pobreza y su aislamiento, la aldea marinera de Anse-à-Fôleur había vivido un día y una noche que rozaban la perfección, y nada revelaba el más mínimo indicio

de las causas y circunstancias del incendio. Al día siguiente del drama, si es que hubo tal, a las ocho, después de haber bebido el café preparado por su amada compañera y de haberla besado en signo de agradecimiento, ritual invariable durante sus veinte años de concubinato, el jefe de sección, único representante de las fuerzas públicas en la aldea, constató al efectuar su ronda que el emplazamiento de las casas estaba vacío, con la excepción de dos montoncitos gemelos de ceniza, y que el coronel y el hombre de negocios no se entregaban a su cotidiano paseo triunfal por la playa. Sin consultar a su concubina (ella no habría dudado en desaconsejarle la puesta en marcha de una investigación carente del más mínimo interés para la comunidad, y de ponerle en guardia contra cualquier llamada a fuerzas exteriores para resolver un problema local), se marchó en bicicleta al pueblo vecino, esperó una hora hasta tener línea con la capital, y avisó a las autoridades.